

## El discurso "desnormalizador"

"Un texto sobre el amor es un texto de detalles que se refieren a ínfimas desviaciones; no habla de cambiar la vida (no estamos lo suficientemente unificados como para dotarnos de una 'vida'). Sólo convoca a revoluciones minúsculas; no exige confundir nuestros deseos con la realidad sino entender que otras realidades, que nos son ajenas, pueden venir a alterar nuestros deseos y extraviarlos".\*

El campo amoroso se encuentra actualmente perplejo. Los modelos conyugal, andrógino y genital ya no funcionan de la misma manera clara y unívoca: lo conyugal para el sentimiento, lo andrógino para el coito, lo genital para el sexo. Estamos ante el desconcierto. Todo se mezcla, se desvía, se oscurece. Tal vez, por eso sea el mejor momento para buscar otros caminos, otros discursos, no ya "la salida", sino varias posibilidades que no persigan la hegemonía o el poder.

Ese poder que ha sido desde siempre el poder del pene, el poder del orgasmo regulado por el éxito efímero de la eyaculación masculina. Los autores arremeten contra esta idea (y esta acción), por la vía de la desvalorización, en términos físico-ideológicos: "(el pene) cuelga, oscila entre las dos piernas como un péndulo de relojería, es vulnerable, pasivo, testarudo, se levanta cuando nadie lo llama, se queda fofo en los instantes cruciales, turgente

impide toda marcha, en reposo se bambolea en la entrepierna contra sus huevos, tiene potencia de riego limitada", etcétera. La descripción alude, entonces, a varios puntos. Por una parte, se trata de establecer las diferencias con respecto de la mujer. No se puede hablar de "el" orgasmo, porque no tiene, con certeza, la misma connotación para unos y otras. Por otra parte, ¿qué sería lo femenino en este terreno? y, por último, ¿es que se quiere hacer de la vida sexual algo dirigido puntualmente a alcanzar "el" orgasmo?

En este sentido, la proposición fundamental de los autores va dirigida a entender y compartir la sexualidad femenina, la voluptuosidad que tiene lugar en el cuerpo entero de la mujer, el deseo siempre disperso y encontrado y perdido y vuelto a inventar.

La reflexión que surge de lo anterior no implica entender esta especie de revolución sexual como el imperativo categórico que afirma "haced el amor de la manera más existosa posible; que nos permita llegar a la revolución total, por medio de la liberación del sexo". Nada de eso. No se persigue la igualdad, porque la igualdad no existe: "No queremos un nuevo —otro más— sistema monetario amoroso, sino la caída y descomposición de todos los patrones todavía en vigor y que los signos del comercio galante se confundan hasta llegar a ser inlocalizables; por dicho motivo, hay que saludar como algo bueno la actual desvalorización del genital masculino" (p. 49).

Esta desvalorización se hace muy clara en la prostitución; la prostituta enfrenta al hombre con

su cruel dimensión de quince minutos, le devuelve esa imagen que él no quiere ver: La brevedad de su anatomía, la precariedad de su situación. No hay mujer más reservada que la puta: guarda para sí (o para algunos otros) el goce; sólo entrega el simulacro del don. Este simulacro (que en el caso de la puta es casi explícito) se encuentra implícito en el "yo te amo". Ahí pongo al otro bajo mi dominio, bajo la forma de la igualdad: "cuando me decido a la solemnidad del 'te amo', es para poner fin al tormento de una aparición-desaparición, es para confinar al destinatario en la relación que preparo con él, es para tutearlo". Es también el deseo del sedentario (quétate ahí, para que siempre pueda verte); es liberación de la espera (no necesito esperar, porque el otro está ahí, fijado para mi). En suma, es la negación de la paradoja.

En términos generales, este es un texto sobre todo lo que caracteriza a la vida amorosa, erótica y sexual de nuestro tiempo y sobre las posibilidades contestarias que la propia situación genera. Los hombres, las mujeres, sus relaciones, los mitos, la prostitución, la seducción, el ligue, todo se incluye en este discurso irónico, desenfadado, iconoclasta y particularmente "desnormalizador": la desviación de la norma que reivindica la marginalidad en el sentir, en el vivir, en todo. Sin embargo, no se crea que pretende instaurar un "nuevo orden" militante del goce; se trata más bien de mostrar como éste surge de múltiples posibilidades, enfatizando el goce femenino como un campo de apertura insospechada.

La única objeción que le hago al libro es su exceso. Exceso de palabras, traducido en exceso de páginas, que disminuyen el placer de la lectura y que atentan contra su postulado central, la imposición. Hay una gran tendencia al autorregocijo de la inteligencia, de la perspicacia, del ingenio, que cansa y aplaca. En todo caso, sería deseable que lo leyeran muchos hombres y mujeres, dispuestos a dejarse "desordenar" profundamente.

\*Pascal Bruckner y Alain Finkelkraut, *El nuevo desorden amoroso*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1979, 350 pp. (Traducción de Joaquín Jordá).